

El dilema

La calle se encontraba desierta a esa hora de la tarde. El hall de la vieja casona parecía esperar a los visitantes que llegaban con la idea un tanto real, un tanto imprecisa, de “conocer lo que les deparaba el destino”.

La muchacha de hermosos ojos azules y aterciopelada mirada observó la negra puerta de la cual colgaba una aldaba de bronce, escudriñó el pasillo y, tras un momento de indecisión entró. Se dirigió resueltamente hacia una mesita y desprendió un número del talonario que se encontraba allí; lo miró y vio que era el ocho, eso quería decir que ya habían “atendido” a siete personas. Tomó una revista y se sentó dispuesta a esperar su turno.

Las horas pasaban lentas, tediosas. Al promediar la tarde, una mujer regordeta de cabellos canosos, mostrando dos dientes de oro en una sonrisa forzada, salió de una habitación y se detuvo al verla. La miró fijamente, como queriendo retratarla y ella se sintió molesta.

-Adelante, niña, entra, seguramente esperas desde hace un buen rato - La voz altisonante y chillona provocó un eco en el corredor.

-Buenas tardes, señora -. Se sintió más segura al atravesar la puerta de entrada de la oscura estancia en donde la mujer ejercía sus dotes de adivina.

Los pasos de ambas resonaron secos. Corrió la silla en la que descansaba un mullido almohadón de pana y se sentó; el largo cabello rojizo quedó extendido, como una cascada de fuego entre las maderas del respaldo y su cuerpo; depositó delicadamente sus manos sobre la mesa y una vez más, esperó.

La adivina tomó una, la miró con detenimiento y lentamente comenzó a relatarle hechos del pasado que la tuvieron como protagonista. Para sorpresa de la bella muchacha, muchos de ellos eran verdaderos, aun no hacía tanto tiempo que le habían ocurrido.

Siguió narrándole el presente y también le brindó un gran número de aciertos. La miraba entre asombrada y divertida, hasta que llegó el momento de predecirle el futuro.

Una sombra fugaz atravesó el rostro de la pronosticadora del destino, quedó contemplando absorta la mano, la depositó en la mesa y, sin decirle nada le tomó la otra.

La miró por un instante que a la joven le pareció interminable, hasta que suspirando y con voz ronca ahora, murmuró:

- Somos creadores de nuestro futuro -. No dijo nada más y la chica no se atrevió a preguntar. Le entregó a la regordeta mujer un billete de cien pesos, se incorporó, emparejó su falda de lanilla, acomodó las mangas del suéter gris y salió caminando distinguidamente. No prestó atención a las otras personas que estaban allí y se dirigió presurosa al encuentro de su novio. Él todavía no había llegado al sitio convenido, una pequeña plaza donde las palomas y las golondrinas daban rienda suelta a las ganas de jugar y correr libres, en una soledad casi total.

Apoyó la pierna en el banco lentamente, apenas flexionándola, disfrutando de lo que quedaba del día y apreciando el sol que todavía brillaba con fuerza.

El fornido hombre detuvo la moto en un extremo de la vereda y comenzó a caminar en dirección al centro de la plaza, seguro de que ella ya se encontraba allí. Vestía gastados jeans y campera de cuero negra. Tenía el cabello ondulado y rubio, los ojos de un color indefinido, por momentos marrones, a veces negros, la nariz prominente y la boca de labios carnosos, lucía una simpática expresión; se abrió paso hasta el banco, donde ella lo esperaba. Al llegar le tomó la cara entre sus manos, la besó en la boca, y luego, juntos, felices y enamorados, observaron a un pájaro azul que, parado en una rama trinaba sin cesar.

En ese preciso momento el timbre del reloj despertador de color azul que le habían regalado hacía poco en su trabajo sonó insistentemente llenando la habitación de un agudo chillido. Adela entreabrió los ojos y espió apenas, a través de sus pestañas: no quedaban dudas, eran las dos.

Hora de levantarse, hora de ir a su empleo. Salió de un salto de la cama, procurando no enredar el camisón con las frazadas, su preciado camisón, uno de los pocos gustos que se había podido dar con el magro salario que percibía. Entró al cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría.

Todavía no ganaba el dinero suficiente para pagar una pensión que le brindara la comodidad de disfrutar de agua caliente, pero ya le faltaba poco para lograrlo; en un mes más tendría la suma que necesitaba para marcharse de esa fonda.

Hacía diez años que trabajaba en Buenos Aires de mucama en una casa de familia. Hacía diez años que había dejado su Misiones natal, harta de pasar miseria y hambre en el pequeño pueblo que había nacido, sobreviviendo apenas en un ranchito de chapa y troncos de su familia.

Secó su cara con la toalla y le aplicó unos fuertes golpecitos al mentón, tal como le instruyeron en el salón de belleza al que asistía, se miró al espejo detenidamente y la imagen que contempló no le desagradó por completo: una mujer joven aún – pronto cumpliría cuarenta años - de hermosa cabellera roja como el fuego, de típicos rasgos italianos y alemanes, una rara mezcla que había dado como resultado un rostro anguloso, de aspecto definido y casi perfecto, difícil de olvidar.

Recordó lo que había soñado, esbozó una enigmática sonrisa y se preguntó: “¿Cuál es mi realidad, cuál es la realidad?... La vida real y los sueños ¡qué dilema! no sé si para todas las personas lo serán, pero para mí, sí...”

Se vistió con una bonita falda de lanilla y un suéter de color gris, tomó su cartera en la que tenía guardado, ahorrado con mucho esfuerzo, un billete de mil pesos, miró la maraña de mantas sobre la cama y cerró la puerta con fuerza.

Sus pasos repicaron en el largo corredor, las plantas y flores que adornaban la galería parecían saludarla al pasar. Asomó la nariz a través de la vieja madera de la puerta negra y notó que la calle se encontraba desierta a esa hora de la tarde.

Autora: Silvia Mirta Valori